



Un reto en el trigal

* Por José Rentería Torres



Dr. Miguel Rentería García (1903-1991)

En la ocasión anterior decía: "Vuelve el burro al trigo", porque hablaba sobre el mismo tema, y otra vez vuelve "el burro" para referirse sobre algunas realidades de nuestro tiempo. Pero ¿qué es la realidad? Antes de entrar en este embrollo, le comento que lo del burro tiene su historia; este sobrenombre se me quedó cuando estaba yo en primero de medicina, "El burro". No, no piense mal, la cosa estuvo así: Era el primer día de clases, el maestro de Citología pasaba lista de asistencia y se topó con un "Rentería Torres", alzó la mirada, me encontró, y me preguntó: "¿Qué eres del oso?". Así le decían en la escuela a Miguel, mi hermano, porque tenía tanto vello en su piel que parecía un oso. "Es mi hermano", respondí y en seguida hurgó: "¿Y del caballo?". Este era el sobrenombre como era

conocido mi hermano Marco, por grandote. "¿Y a ti cómo te dicen?", y por asociación, con el "caballo", se me ocurrió decir, "el burro". Desde entonces, el grupo empezó a llamarme "el burro", y me gustaba, porque a mi padre cuando era estudiante de Medicina por allá en la década de los veinte (hace cien años), le apodaban "El burro Rentería", quien era la estrella del equipo de baloncesto de Medicina, de la Universidad de Guadalajara, que, en aquel entonces, el "Medicina", era el mejor equipo de aquel campeonato nacional en donde se decidiría el equipo que representaría a México en la olimpiada de Ámsterdam. Contaba mi padre que por chanchullos, engaños y falsas promesas que les hicieron las autoridades deportivas de la capital, "asistieron unos cachirulos",

y los tapatíos se quedaron como "las novias de pueblo": engañados. Por esto que le cuento y lo que sucedió en mi primer día de clases, me gustó que me llamaran, "El burro Rentería", y así me siguen llamando unos cuantos, de mis compañeros de vida, y digo de vida, porque a la mayoría de los de aquel tiempo, hace tiempo, se les acabó la vida.

Vuelve el burro al trigo, con esto de la inteligencia artificial en medicina, que ya se veía venir hará un poco más de treinta años, cuando empezó a saberse en nuestro medio sobre el NICE (unas guías, diagnósticas y terapéuticas, de un instituto inglés, al que uno le preguntaba, digitalmente, por el diagnóstico y manejo de alguna enfermedad, y por la misma vía respondían. Esto era un proceso verificador, de primer orden, además contrastante, para quienes sabían medicina, y para los que no, también).

Le comento, pero antes, la memoria

me trajo el recuerdo de un excelente dermatólogo, con quien, de madrugada, trotábamos, y subíamos al Cerro de la Campana, y caminamos, por décadas. En este transcurrir, cierto día me pidió un favor: "Pepe", me dijo, "si ves que te repito algo, por favor, haz como si nunca te lo hubiera dicho". Igual usted, quien me lee, le pido lo mismo.

La IA es un acervo de millones de millones de datos y de tanto dato que está a nuestra disposición, me trajo al dato de cuando fui maestro en una escuela de medicina, fue entonces, cuando le pedí a un alumno cierta investigación. Me la trajo, impecablemente presentada, pero al pedirle que se la expusiera a sus compañeros, no sabía qué presentar. Su trabajo había consistido en copiar y pegar, un fraude. El aprendizaje no tenía conocimiento de los datos que traía. Ahora va lo opuesto: Jorge es un alumno de posgrado quien sacó una mala calificación en el examen.



Equipo de baloncesto de la Facultad de Medicina de la Universidad de Guadalajara.